

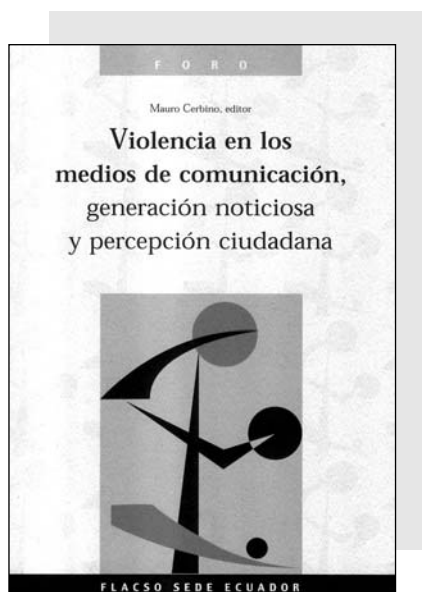
Gallegos destaca y a su vez se vuelve partícipe de su espíritu gozoso, anti-solemne y creativo.

Reconociendo que, hasta hoy, la insurrección democrática de abril no ha reconfigurado al sistema político, el autor sabe que por su mismo carácter intempestivo, esta insurrección (como cualquier otra) por sí sola ni de lejos asegura la estabilización de nuevos mecanismos de participación democrática. Pero sin detenerse en el reconocimiento de este límite, Ramírez-Gallegos no deja de exaltar la libre, siempre singular e inasible expresión de la subjetividad presente en el ciclo de intervenciones públicas ciudadanas que podría abrirse tras la experiencia de abril.

La revuelta ciudadana que tuvo a Quito como su escenario fue una tremenda fiesta pública a la que afluyó y en la que proliferó la fuerza de subjetividades individuales. ¿Quién lo dudaría? Sin embargo, lo que nos recuerda Ramírez-Gallegos es que esa fiesta no fue en modo alguno inofensiva: a juzgar por el momento en el que estalló en las calles, muchos entre quienes se auto-convocaron a esta peculiar fiesta se presentaron o salieron de ella con su individualidad rozada por la explosiva marca de la insurrección.

*Alvaro Campuzano Arteta*

Sociólogo, M.A. Humanities and Social Thought (Dartmouth University)



Mauro Cerbino, editor;  
**Violencia en los medios de comunicación, generación noticiosa y percepción ciudadana**  
Flacso-Ecuador, Quito, 2005.

En tiempos de teorías débiles, desorientaciones valorativas y normativas, y subjetividades ligeras -combinación que se experimenta como incertidumbres existenciales y nebulosidad política-, el tema de la violencia de sucesos criminales en los medios de comunicación de “masas”, como el de su “correlato receptivo”, las audiencias, es de crucial importancia si queremos repensar nuevas alternativas para el ejercicio reflexivo de la opinión pública y ciudadana.

El libro *Violencia en los medios de comunicación, generación noticiosa y percepción ciudadana* podemos inscribirlo al interior de los procesos de la llamada “modernidad reflexiva”, en tanto cumple con dos de las condiciones básicas inherentes a ella: un *mundo de la vida*, cada vez más constituido en relación al mundo mediático (diferente al de hace unas décadas, que se constituía más desde los anclajes espacio temporales tradicionales) y el de *sistemas expertos* cuya misión está en generar

conocimientos sobre los sistemas y subsistemas sociales y culturales, que van permeando progresivamente, ya sea por vías académicas o por la socialización mediada, un conjunto de saberes que son a su vez re-apropiados por los sujetos sociales que, en la modernidad tardía, buscan o deberían buscar, fuentes de sentido para sus propias vidas colectivas.

Centrándonos en el campo acotado de la comunicación, el libro cubre una laguna en la reflexión académica ecuatoriana y busca entablar puentes con ese ejercicio profesional del periodismo que, me atrevo a decir, junto al del publicista y al profesional del marketing, configuran una trama de la comunicación institucional dominante en la formación de las nuevas audiencias, nuevos actores sociales y hasta de las nuevas simpatías políticas.

Uno de los argumentos que atraviesa varios de los ensayos presentados ya sea por estudiosos de Colombia, Chile y Ecuador, como por periodistas de investigación locales, es el de situar a los medios de comunicación como el nuevo *narrador nacional* que da cohesión imaginaria, y tal vez simbólica, a las percepciones y sentidos generados en el espacio público, y que cuenta con una acentuada credibilidad ciudadana, producto de la caída o el debilitamiento de otros referentes institucionales para dar sentido al mundo. Sin embargo, es tanto más peligroso no criticar a este *narrador nacional* cuanto más credibilidad vaya obteniendo de sus receptores-consumidores, pues las respuestas sociales a los conflictos y a la violencia dependen en buena medida de la capacidad de interpelación y juicio a lo que sale publicado en esos medios.

El tema de la seguridad ciudadana es sin duda un tema clave en las agendas tanto de investigadores sociales como de los políticos de gobiernos nacionales y municipales. Las atmósferas de incertidumbre y desconfianza al otro se conjugan con sensaciones de orfandad migratoria, penuria económica y presión consumista. Combinación que no sólo es ex-

plosiva en contextos urbanos, sino en toda la región Latinoamérica. Si esto tiene la envergadura que algunos analistas remarcan, se vuelve más preocupante el listado de síntomas que el periodismo noticioso tiene según se puede colegir de la lectura de este interesante libro. Como ejemplo, quiero dejar anotados algunos:

1) apelación continua al sentido común por parte de editores y periodista a la hora de construir y elaborar sus textos noticiosos;

2) la presencia de la violencia en los medios, genera por lo menos tres impactos: acostumbramiento (que termina en la indiferencia cognitiva y la insensibilidad afectiva); repetición (una paradoja que se establece en el receptor, pues a más afán de primicias novedosas, más madura el sentimiento de lo mismo); y temor (una dialéctica entre semiótica afectiva y rentabilidad empresarial, pues como bien lo señala Jesús Martín Barbero, hay un contubernio entre los medios y los miedos que paralizan la apertura necesaria para comunicarse con el otro, el diferente, la alteridad);

3) las rutinas profesionales instauran unas lógicas de la producción y generación noticiosa que si bien se explican por las urgencias tecnológicas y coyunturales del campo periodístico, tienen consecuencias nefastas cuando ellas obliteran la reflexión y la sensibilidad responsable de lo que se escribe y como se escribe.

Hay otra consideración digna de destacar de este libro. El periodismo encargado de cubrir los sucesos de violencia criminal participa, conciente o inconscientemente (lo que no es excusa política), de la construcción social del enemigo y la “homogenización significativa” entorno a éste. Esta homogenización tanto interpretativa como valorativa calza con esas políticas globales de seguridad, que desean sellar en el discurso, las adherencias ideológicas a procedimientos poco democráticos de control social, que no ve matices, di-

ferencias históricas, determinaciones locales, etc. En tiempos de regeneraciones urbanas, el periodismo tiene la responsabilidad de cuestionarse cómo construye sus representaciones de la ciudad, de la cultura urbana, pues es notoria la contradicción en la que incurren cuando en algunas de sus secciones exaltan los nuevos espacios públicos regenerados, invitando a ser recorridos y disfrutados, al mismo tiempo que, en otras secciones, advierten de los peligros de sectores y dinámicas urbanas amenazantes que asechan, ni siquiera en las sombras, sino a plena luz del día. Si debiera hacer una pregunta -inspirada en el psicoanálisis- a esta problemática, sería: ¿cuál es la participación de los medios de comunicación en los males que denuncian? ¿Qué deben expulsar de su práctica televisiva o “escritural”, para poder construir sus relatos noticiosos que, según el *canon*, deben ser objetivos, imparciales y veraces? Probablemente una respuesta tentativa sería: la subjetividad del malestar que no se satisface sino reiterando el equívoco del texto que a su vez se cree cierto y representativo de la realidad. Pero esto es más un tema interdisciplinario que específicamente comunicacional.

Otra parte destacable a *grosso modo* en este libro son las recomendaciones y sugerencias que los académicos hacen a los periodistas y a la propia institución mediática. Con un espíritu conciliador y dialogante se invita a discutir las agendas, a romper estereotipos mutuos entre académicos y profesionales del periodismo, pero sobre todo a reflexionar sobre las lógicas y rutinas profesionales de generación noticiosa, que sumado a la creación tanto de observatorios de medios como de veedurías mediáticas a las políticas de desarrollo urbano, mejoren la calidad noticiosa y por ende la calidad de la esfera pública.

Un comentario aparte merece el ensayo investigativo de Mauro Cerbino (quien también abre el libro con una introducción que

problematiza la relación entre medios y audiencias), que se titula “Maniqueísmo y personalización en el cubrimiento periodístico de acontecimientos violentos: el ‘caso Fybeca’ en el Diario El Universo de Guayaquil”. Son muy pocos los ensayos críticos y analíticos que se hacen y publican con rigor académico en nuestro país. En este caso se enfrenta una temática que no sólo afecta *al modos operandi* del ejercicio profesional periodístico, sino a la comunidad de ciudadanos interesados por hacer el seguimiento noticioso de un caso que cuestiona la viabilidad y rectitud de la justicia, la investigación policíaca, el papel del Estado y el tratamiento mediático. Con un abordaje a medio camino entre la ortodoxia metodológica y la inventiva creativa, el texto escudriña paso a paso cómo se fue construyendo el sentido del mencionado “caso”, cómo afectaron en su tratamiento, la disposición espacial de fotos y titulares, cómo se hilvanaron los discursos, y de modo oblicuo, cómo estuvo presente los fondos ideológicos que marcaron la posición del diario frente a la situación, los poderes y los actores.

Sin duda, el libro será de ayuda para estudiantes y académicos de la comunicación, pues a partir de un tema particular, pueden aproximarse al corazón mismo de los estudios comunicacionales, sus vicisitudes conceptuales, sus problema metodológicos, sus aproximaciones teóricas y, sobre todo, reivindicar para el campo de estudio, el necesario diálogo entre los actores que tienen en sus manos la enorme responsabilidad de comunicar o, lo que es lo mismo, de representarnos el mundo en que vivimos.

*Carlos Tutivén Román*